

“EL PECADO ORIGINAL” ⁽¹⁾

Durante estos días he dedicado bastante tiempo a trabajar con el último libro de Joseph Moingt ⁽²⁾. Considero inmejorables los resultados obtenidos. Especialmente me han interesado sus conclusiones sobre el pecado original y la gratuidad. Como ya os anticipé a algunos en un correo anterior el libro, como indica su título, consiste en una sucesión de preguntas libres y respuestas del P. Moingt sobre el presente y el futuro del catolicismo. Sus respuestas, sobre todo en los temas de pecado original y gratuidad, me han parecido tan lúcidas que no considero necesario ampliarlas habiéndome limitado a transcribirlas en español

Las preguntas y sus respuestas son las siguientes:

¿Podría parecer “a priori” contradictorio o en todo caso paradójico que, en el campo cristiano, el hombre sea de una parte imagen de Dios y de otra parte esté marcado por el pecado original? ⁽³⁾

«El pecado original, responde Moingt, cualesquiera que sean las discusiones que se puedan formular sobre su origen y las definiciones que puedan darse, es un

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) “Croire Quand Même. Libres entretiens sur le présent et le futur du catholicisme”. Temps Présent (París 2010)

(3) Página 131 ob. cit.

pecado *universal* pero que arrastra un mal universal, al reino del individualismo y del particularismo, por oposición de aquel al que nos referíamos hace unos instantes citando a San Pablo, al crecimiento de la persona que se extiende a las dimensiones totales de la humanidad. Lo que aparece como pecado original es todo lo que encierra al hombre en sí mismo, le sumerge en su pasado, le rebaja sobre un disfrute inmediato, le conforma a contentarse con su pequeña felicidad diaria. Es una fuerza inerte que le impide crecer y evolucionar, abrirse a la llamada de los otros; es también la envidia, los celos de la felicidad del otro, el perverso deseo de quitarle su bien. Este deseo puede darle la fuerza malsana de combatir al otro, de robarle, de reducirle a servidumbre. Y esta fuerza puede apoderarse de todo un clan, de todo un país, de toda una sociedad, producir el vértigo de dominar otros pueblos, incluso el mundo entero, la borrachera de derramar la sangre de sus semejantes. Se habla de un pecado “original” porque se le encuentra por doquier manos a la obra, rastreador y renaciente, tanto en el más lejano pasado de los pueblos como en el comienzo de toda vida individual».

«Los filósofos lo han definido como el mal fundamental o radical, como la “secesión” o “división de conciencias”. El hecho es que los hombres no llegan a decir un verdadero “nosotros” en el que todos los “yos” de alrededor podrían expandirse y expresarse armoniosamente. O bien el “mi” se transforma en un “nosotros” exclusivo: Nosotros los Franceses por oposición a los Alemanes; nosotros, las personas de nuestra clase para distinguirse de las gentes insignificantes. O bien el “nosotros” suprime el “yo”: La familia que

impide la emancipación de los niños, la sociedad tiránica que no tolera las diferencias. En el dogma católico, el pecado original es lo que impide a la humanidad, creada a la imagen del Dios único, llegar a la unidad, y al individuo, destinado a ser hijo de Dios, revestir su plena dignidad de persona humana. El “mundo presente” ⁽⁴⁾ al que no hace falta “conformarse”, según Pablo, es este mal que nos corroe desde dentro después de nuestro nacimiento – no un mal incurable, una maldición, una fatalidad que nos persigue – y nos penetra también desde el exterior, de todas partes, en virtud de lazos de solidaridad que nos ligan a los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares».

«Pero invenciblemente, para que los hombres llegasen un día, si tuviesen éxito a expresarse todos en un idéntico “sí mismo” que sería la consciencia de su humanidad única y común ha hecho falta siempre que cada uno empiece por decir “yo” lo que es la primera toma de conciencia del individuo. Haciendo esta observación Hegel concluyó que el mal originario comporta en sí mismo la esperanza de su redención – haciéndose así eco de la liturgia del Viernes Santo que canta –: “Dichosa falta de “Adán” que nos ha procurado un tal “Redentor”. Por este motivo no digamos que el dogma del pecado original ensucia y ensombrece para siempre la memoria de la humanidad y extingue eternamente la esperanza de los hombres de salir un día de los males que les abrumen».

(4) Al que personalmente acostumbro a denominar “el siglo”.

«Nos hace falta comprender el pecado “del primer hombre” como hace San Pablo que le opone inmediatamente la figura de Cristo (Epístola a los Romanos. Cap. 5)».

«La creencia en el pecado original no es propia del cristianismo pues se encuentra algún mito análogo en la mayor parte de las historias de la creación; este mito expresa la conciencia de los hombres de ser víctimas de un mal del que son también culpables y es la contrapartida de su grandeza. Pero el cristianismo les da la esperanza y seguridad de escapar finalmente a este mal pues todos solidarios en Adán lo son igualmente en Cristo y participarán en su victoria sobre la muerte si comulgan en su lucha contra todo lo que oprime y afea la humanidad».

¿Qué ayuda nos presta hoy Jesús en un mundo que idolatra el consumo, la atracción de las ganancias? ¿Cuál es la ventaja de visualizar la vida en su seguimiento en un combate donde habrá finalmente ganadores y perdedores? «Es una ayuda porque él muestra que la resurrección ha salido de su muerte y que será para nosotros como lo ha sido para Él. Aceptando la muerte de la que Él había sido amenazado, ha renunciado al éxito que podía esperar, pero ha llevado su combate y sostenido hasta el final la misión de la que se sabía investido. Se ha sentido abandonado de Dios mismo pero ha renunciado a pedirle intervención en su favor y le ha expresado una confianza intacta muriendo. Despojándose del particularismo del yo, ha acabado su vida en el cumplimiento en plenitud de un por “nosotros” universal. Así su muerte se ha

convertido en fuente de vida como el orden cósmico había brotado del caos original:”Dichosa falta...”».

«El cristiano ve el declinar actual de la Iglesia que se vacía de sus fieles y cuya fe deserta del mundo como el comprende la muerte de Jesús: como la esperanza y la promesa que las semillas evangélicas, saliendo de su enclave, van a expandirse en el mundo para su salvación. Sólo la fe alimenta esta esperanza. Pero el hecho de que la fe no muera, a pesar de nuestra pobre fe que renace sin cesar de nuestras dudas siempre reaparecidas. He aquí lo que sostiene la esperanza del cristiano y le da la seguridad de su victoria final sobre el mal y el sufrimiento».

Estas palabras tan clarividentes del Padre Moingt nos llevan, al menos a mí, a una plena comprensión, avalada por la experiencia, del contenido del pecado original. Sin duda nuestro teólogo ha tenido el acierto, como él mismo lo indica al principio de su disertación, de no haberse adentrado en discusiones sobre su origen y limitarse a analizar su contenido también ha ayudado por la forma en que los interrogadores del libro han planteado la cuestión. Todo ello me lleva al recuerdo de una conversación con el Padre Eusebio Martínez Peña quién, al concluir nuestra oración en la “Rosa de Sarón” me decía una tarde que nunca había leído ni creía que lo hubiese un escrito claro sobre el pecado original. Unos días después le remití un monográfico de “Concilium” lo que no fue suficiente para que me ratificase después que se mantenía en sus trece. No sé si me dijo que el

monográfico de “Concilium” era lo menos malo que había leído o lo más aceptable. Concluimos, pues por hoy este examen del pecado original y nos adentramos en el parecer del Padre Moingt sobre la gratuidad única manera que tenemos los humanos de librarnos de la omnipresencia del pecado original.

La pregunta a la que va a responder nuestro comentarista se enuncia así:

¿Cuándo Usted dice que la fe en Cristo permite un resurgimiento qué entiende Usted muy concretamente por eso? ¿Qué forma va a tomar este resurgimiento? (5)

«Quiero decir que yo mismo no soy un hombre más realizado que otro que no tuviese fe; yo no tengo más caridad que él, yo no estoy más dedicado a servir al prójimo; si yo me observase me ocuparía tranquilamente de mis pequeños asuntos, sin inquietarme por los otros con tanto más de buena conciencia porque me siento incapaz de cambiar la cara del mundo por mis esfuerzos. Pero yo escucho al mismo tiempo en mi una voz que fustiga mi pereza y mi egoísmo, siento una fuerza que me empuja hacia fuera, hacia a los otros, una ternura desconocida que me concede la preocupación fraternal de aquellos que sufren. Y cuando tengo a bien ceder al egoísmo a lo largo de los años la misma voz sin cesar me despierta, la misma fuerza

(5) Página 139 ob. cit.

conduce mis pasos hacia el otro, el mismo sentimiento de fraternidad me hace compadecer sus sufrimientos. Entonces comprendo que el amor del prójimo no tiene su fuente en mí pero se renueva cada día en mi fe en Cristo cuando medito su Evangelio ⁽⁶⁾. La caridad, en efecto, no es una fuerza natural sino que Dios la ha insertado en el corazón del hombre creándolo a su imagen. Tampoco la determina el orden cósmico, ni se encuentra en el reino animal; la caridad constituye nuestra semejanza a Dios. No pretendo que sea propia del cristiano; quiero, al contrario, considerarla como un principio de salvación universal de todo hombre que responde a la llamada trascendente a hacerse el prójimo del otro, a cumplir su humanidad más allá de sí mismo en el don del yo al otro a fin de que todo sea uno como el Padre y Jesús».

Con esto vamos a concluir por hoy nuestros iniciales comentarios al libro del jesuita Joseph Moingt. Espero tener ocasión de continuar en otro momento.

(6) ¿Cabe una mejor expresión gráfica del funcionamiento de la gratuidad?

Gloria al Señor.

Madrid, 18 de Enero de 2011

Fernando Escardó